

EL SURF

Desde hace unos años, vemos llegar a nuestras playas jóvenes provistos de unas pequeñas tablas con las que se deslizan con las olas. En la playa de Torre Guadiaro, sin ir más lejos, y cada vez que las marejadas generadas por los vientos de levante alcanzan la altura suficiente para mover las tablas, los surfistas se empeñan en mantenerse de pie sobre sus frágiles artilugios. Y esto que comenzó en España en la costa Cantábrica se ha extendido a todos aquellos lugares en los que hay posibilidades de que la fuerza de las olas sea capaz de arrastrar a las livianas planchas de poliéster con sus acrobáticos jinetes montados en ellas. Es verdad que en la ciudad de Cádiz se practica el surf desde hace muchos años, pues su posición atlántica le concedió la posibilidad de que las olas que originaron los temporales del suroeste sean lo suficientemente grandes como para que puedan ser cabalgadas.

Pero la historia del surf en nuestro país se remonta a los años sesenta, cuando algunos chavales del país Vasco comenzamos a ver como llegaban a nuestras costas destartadas furgonetas Volkswagen con sus techos repletos de unas planchas de colores con las que unos tipos melencos se metían en las rompientes y proferían gritos apasionados mientras se subían en ellas y jugaban al gato y el ratón con las espumas. La mayor parte de las veces viajaban de dos en dos y, en ocasiones, muy pocas por cierto, les acompañaba alguna mujer. Pero lo que no podíamos intuir los chicos que tratábamos de copiarlos es que estos jóvenes fuesen norteamericanos que huían de una muerte casi segura en la guerra del Vietnam. Por eso, sus padres, los que podían permitirselo, les pagaban un pasaje a Europa. Aquí, permanecían los tres años necesarios para que a su regreso no los encarcelasen. Pasaban el tiempo deambulando de playa en playa, de costa en costa, de Francia a España. Vivían en sus viejas furgonetas y comerciaban con las tablas de surf que habían traído consigo desde la mítica California; muchas veces de Hawaii, Australia o Sur África.

Los chavales de los sesenta les veíamos deambular por Mundaca, Sopelana, o la costa sur de Francia entre San Juan de Luz y Capreton, en esas bellas e interminables playas que forman las Landas. Recuerdo como si fuera hoy la primera tabla que compré a base de muchos recados, buenas notas y rellenar interminables y tediosas hojas de los libros del Registro de la Propiedad de mi padre: durante varios días esperé la llegada de una de estas furgonetas y negocié la compra de una preciosa tabla de color rojo y azul, que constituía el sueño de todo adolescente que viviese cerca de la costa. Con aquella plancha de fibra, junto a mi hermano y otros amigos comenzamos a sorprender a los transeúntes de la costa vascongada a base de revolcones primero, y más tarde, y a medida que fuimos cogiendo práctica, a fantásticas cabalgadas sobre las poderosas olas del Cantábrico.

Poco después llegarían a nuestras manos las revistas de surf

norteamericanas que adquiríamos en la villa francesa de Biarritz, centro de reunión de los surfistas yanquis. En una de ellas, y con gran sorpresa, pude comprobar que mi tabla se la había comprado a toda una estrella de las playas californianas; John Parten, nada menos, una celebridad del surf que, como otros muchos jóvenes norteamericanos, había tomado la sabia opción de que no lo matasen en una guerra que no era suya, en la que los políticos midieron mal sus fuerzas en base a una lucha contra el Comunismo que en realidad escondía ventas ingentes de armas, que ya no podían almacenarse por más tiempo.

Pero el surf había comenzado varios siglos atrás en la Polinesia y Micronesia. Se cree que fue en las islas Hawaii donde el primer ser humano se puso de pie sobre un trozo de madera de balsa. A Duke Kahanamoku, el Rey, se le considera el primer surfista como tal, un tipo que usaba la tabla para divertirse y retar a la mar cabalgando en las delgadas rompientes de los arrecifes de coral. Antes, esas planchas entonces de madera se usaban en trayectos cercanos para desplazarse de isla en isla, llevando incluso frutas sobre ellas para comerciar con otros atolones. Eran tablas muy grandes, de más de tres metros de longitud, nada que ver con las actuales que apenas pasan del metro y medio.

La forma de cabalgar sobre las olas también ha cambiado. En la costa Oeste norteamericana y en las islas Hawaii los surfistas ya no reman tumbados para lograr bajar las empinadas paredes de agua, ahora se mueven impulsados por motos de agua que les permiten entrar en la ola cuando ésta todavía no ha empezado a romper, con lo que consiguen bajar paredes mayores sin tener que esperar a que la salida, -la pared que permanece todavía levantada-, sea demasiado vertical. Esto ha provocado que la forma de las tablas cambie por completo, y que de la parafina que dábamos antes para no resbalarnos sobre el plástico se haya pasado a unas ataduras de goma llamadas fustraps, en las que se aseguran los pies para soportar la alta velocidad que se consigue. Hasta hace unos años nadie había surfeado olas de más de seis o siete metros de altura. Hoy, se bajan paredes de quince en las que cualquier percance acaba con la vida del surfista. Cada año mueren más de cien practicantes. Por fortuna, en nuestras costas, es muy difícil que las olas pasen de los cinco metros de altura; y lo hacen en lugares muy específicos como Mundaca o Meñacoz en el País Vasco. Para que sean cabalgables es necesario que la pared de la ola, al menos por uno de sus lados, deje salida al surfista. En ese reducido espacio es donde se practica el surf, donde se hacen los giros y los deslizamientos, antes de que la ola se convierta en espuma y te de un buen revolcón. El surf es algo más que un deporte. Es una forma de vida y una manera muy especial de acercarse a la mar. Y lo que empezamos en España cuatro chalados, muchas veces criticados, da gusto ver que hoy constituye un deporte aceptado y espectacular que ha captado a muchos jóvenes, posee sus marcas de ropa, su estilo y su propia filosofía de vida.